

Janis Lázaro
Y ahora... Berta

Siempre me ha gustado el olor de este teatro. ¿Cuándo fue la última vez que vine aquí, a este mismo camerino? Siete años quizás.

¡Qué bien huele! Está todo nuevo. Me envuelven el tono crema rosado de las paredes, el cálido sofacito con sus tenues azules y rojos, dos percheros clásicos azulados y el baño como siempre, al fondo a la izquierda. Aquí se va a crear mucha magia... lo noto.

Ya sentada en esta silla Luis XVI y con el espejo frente a mí, siento al personaje queriendo salir, vivir, contar e inquietar en el escenario. Te iré maquillando y dando forma, Berta. Por cierto, no es habitual este nombre para un personaje de teatro.

—Querido espejo, mi nombre es Marga y vamos a ser cómplices, yo te miraré y tú me acabaras devolviendo la imagen de Berta. Tienes forma de llamarte *Infinito*. Verás, me viene a la memoria, la primera vez que estuve en este teatro, debutaba como actriz principal, mi tercera obra, 23 años y el personaje habitándome de la noche a la mañana. Desayunaba, hablaba, andaba como ella ¡que fantástico! Estaba tan inmersa en el personaje que, mis amigos me decían “pero Marga” y les contestaba, “a mí me veis mucho, disfrutad de esta diferente forma de ser y pensar pues, el personaje acabara disolviéndose”. ¡Era yo tan joven!

¡Marga al escenario! La espalda de Marga se alejaba del espejo.

“*Segundo día*”. —Buenas tardes, *Infinito*. Mira, ya me han traído el conjunto de maquillajes que les pedí. Iremos jugando a mezclar los tonos adecuados.

Ayer, Juan, el director, nos reunió en escena para ir marcando la línea de la obra. Seis actores, tres hombres y tres mujeres que, de vez en cuando, pasan una semana en la casa, junto a la montaña, de Lucas y Berta, mi personaje. Unas escapadas que mantienen desde hace siete años. Berta tiene unos cuarenta y tres años, Lucas, mi marido y ella, o sea, yo, tenemos un hijo de siete años.

Leyendo los textos en común, estamos indagando, adaptándonos a las diversas personalidades, gestos y estéticas. Buscar el estilo de maquillaje es mi objetivo para esta tarde. Vamos, Berta, a por tu estilo.

“*Tercer día*”. —*Infinito*, han venido los del vestuario. Si te digo la verdad, lo prefiero; no estoy para pensar, que lo hagan otros por mí.

Esta mañana estuve en un tanatorio, no puedo con mi alma. Marta, hermana de mi madre, se nos fue. Estaba preciosa, vestida de rosa, su cabello rubio. Lo tenía todo preparado pues, sabía de la fragilidad de su corazón. Un alma demasiado pura para batallar las lides de la vida y, sin embargo, siempre se la veía amable y alegre, pero si mirabas su fondo, dolor y lágrimas internas que procuraba no dejar ver. Voy al escenario, *Infinito*.

“*Cuarto día*”. —Hola, *Infinito*, está lloviendo, estas tardes de septiembre que anuncian el otoño.

Ya está montado parte del escenario, más fácil para sentir la sintonía. Hoy ensayamos el momento en que entramos a la casa. Llegamos en cuatro coches; Miguel y Marilú, que son matrimonio, en uno; Alberto, que le acaba de dejar su mujer, en otro y finalmente Lucas y yo, Berta. Cuando ya estamos dentro de la casa, llega Beatriz que, se presenta por sorpresa, a cuatro días de la fecha de su boda que acaba de anular.

Espejito, ayer, durante las pruebas de vestuario, conocí a Jaime, el diseñador de vestuario, ¡me atrae muchísimo! Que personalidad tan atractiva y esa manera suave de mirar...

“*Quinto día*”. —*Infinito*, a tu través, empiezo a sentir físicamente al personaje que estoy creando, eres cómplice de esta transformación. Nuestra amada Berta ya se ha instalado aquí. En mi cabeza, baila, anda, canta...

Voy a escena, comenzamos los ensayos con texto y movimiento.

“*Sexto día*”. —Buenas tardes, *Infinito*, te estoy mirando y de repente, me estás devolviendo, a modo de un caleidoscopio, todas las piezas sueltas de mi cabeza. Se organizan en diferentes estructuras dando claridad y sentido a mi ámbito personal, profesional y místico (íntimo), creando un todo. Nunca había sentido esto. Por cierto, esta noche, que sé que te interesa, al salir del teatro, he quedado con Jaime para cenar.

“*Séptimo día*”. —Escucha esto, *Infinito*, en el escenario, además de los típicos muebles que decoran un salón de una casa de montaña, han colocado en la pared frontal, un espejo “*Isabelino*” con cuerpo de madera dorada y coronado por un amplio copete calado de motivos florales. Es precioso.

El propósito del espejo consiste en que, los actores, a modo de pausa, nos dirigimos a él y expresemos nuestro íntimo sentir sobre algo que suceda en el salón. En una escena, me acerco al espejo y digo “en que nos basamos al comprometernos” principio de un breve texto con mis reflexiones. Cada uno de los actores, de vez en cuando nos acercamos a él y compartimos unas frases; pues esta obra analiza la toma de decisiones y sus repercusiones.

En estas secuencias, se congela la escena y nos mantenemos todos quietos. El público ve, a la par, al actor hablando y su reflejo. Crea una intensidad... fantástica idea.

Te noto con ganas de saber qué pasó ayer en la cena con Jaime; en una frase, “Encantados de habernos conocidos”.

“*Octavo día*”. —Hola amigo, fiel a mi reflejo como siempre. Hoy entran en escena los personajes ya vestidos y maquillados. Berta se maquilla de una forma bastante natural, de personalidad tranquila y amable. También para compensar a su marido que tiende a nervioso a la par que un anfitrión generoso, pendiente de que todos lo pasemos bien.

Creo que ya hemos dejado a Berta lista para pisar escena.

“*Noveno día*”. —*Infinito*, mira qué bien han quedado los carteles de la obra, “*Alma de espejo*”. Los actores difuminados sobre una imagen de la casa con el espejo en la pared que casi pasa desapercibido, sobre fondo también diluido de paisaje de montaña.

Ahora que, cada vez soy más Berta, es increíble la fuerza del espejo victoriano. Le llamamos “*Esencia*”. La obra es a la par extrovertida y divertida en cuanto a las relaciones personales “pues somos muy amigos” e introvertida, ya que, en el espejo volcamos sentimientos, impresiones, opiniones y una parte de existencialismo vital. Cada uno de los personajes lleva mucha carga emocional. En su matrimonio, Marilú y Víctor están algo distanciados, apenas tienen relaciones y ella se siente insegura y desconcertada. Mi marido, meticoloso y ordenado, al que todos transmitimos nuestro apoyo y agradecimiento por estar siempre ahí para lo que necesitemos. Beatriz tomándose su tiempo y ver que la completa como persona. Alberto vislumbrando que hacer para volver con su mujer...

De todos estos asuntos, hablamos en intimidad con “*Esencia*”, nuestro espejo victoriano.

“*Décimo día*”. —*Infinito*, tú quizás mejor que nosotros sepas donde va todo lo que os contamos a vosotros, los espejos; en escena, lo que expresamos queda dicho y la energía flotando en alguna parte. Cuando mi personaje hace confidencias a

“*Esencia*” siento un eco interior. Lo hemos comentado, estamos todos de acuerdo. Solo con oírnos los unos a los otros, se nos abre algo parecido a un sexto sentido. Contigo, *Infinito*, no me pasa, pues tenemos un pacto de ayuda mutua para crear a los personajes. Pero con “*Esencia*”, el silencio de la sala, nuestra voz inundando todo el espacio, nos rebota de vuelta una energía ignota.

“*Undécimo día*”. —*Infinito*, hoy el director nos va a reunir a todos en el escenario. La energía y magia que está creando “*Esencia*” le sugieren algunos cambios en el texto; quiere añadir algo más de dialogo con el espejo. Mañana estrenamos y tenemos que trabajar duro.

Por otra parte, durante los ensayos, creo que hemos logrado plasmar bien la personalidad de los personajes. Alberto va encontrando claves y está más esperanzado con la posibilidad de recomponer su matrimonio. Beatriz reafirmando a sí misma. Miguel y Marilú sueltan las tensiones. Nosotros, Berta y Luis, felices por su entrañable compañía y por lo vivido esta semana. Podríamos llamarlo final feliz, pero sobre todo, los personajes salen algo más sabios.

“*Duodécimo día*”. —*Infinito*, ¡Estrenamos hoy! Maquillaje, vestirme de Berta y a escena. ¡Mucha mierda!

Se van disolviendo los murmullos, la luz da paso lentamente a la oscuridad, silencio absoluto. El telón rojo se desliza horizontalmente, bambalinas onduladas en la parte superior. Una luz de penumbra muestra el interior de un salón. Los actores van apareciendo por una puerta en el lateral izquierdo, abren las ventanas para dar paso a la luz exterior.

Según lo ensayado, texto y actores fluyen como danzas orquestadas. Luis es el primero en dirigirse al espejo: Por nuestra amistad y nuestro cariño, que lo pasemos bien esta semana, —susurra; un suave tono rosado tiñe por un instante el espejo isabelino.

La obra sigue su curso y con ella, las conversaciones con “*Esencia*”. El espejo reacciona a cada una de ellas con diferentes colores. La obra no ha llegado aún, a los primeros veinte minutos, cuando “*Esencia*” comienza a expandir por el escenario y toda la sala, tenues y suaves sonidos de cuencos tibetanos. Los sonidos de cuenco varían en función de lo que los actores le decimos; la sala se compacta con el escenario. “*Esencia*” reverbera toda su energía que, llega tanto al consciente, como al subconsciente de los espectadores.

Todo el espacio se convierte en una especie de burbuja etérea, donde gravitamos entre sonidos y colores. Los diálogos se suceden entre distendidos, profundos o anecdóticos, según el guion. Público y faranduleros, nos vemos transportados como a otra dimensión. Impresionante, mágico...

Final de la obra, los aplausos no traen de nuevo a la realidad.

“*Dos meses después*”. —*Infinito*, mi fiel *Infinito*, ¿has oído los “bravo”?

Último día de representación y lleno absoluto. Aquí se queda el medio resfriado que pasé, el desfile de amigos y su cariño, prensa, fotos; en mi alma la eclosión de emociones que el autor vertió en Berta y en los demás personajes. En mi corazón, el regalo de un trocito de cielo hecho realidad, con nombre de Jaime.

Nos comentó José Luis, el director: —Nunca imaginé que lo que escribí en un momento de crisis existencialista, me regalase un éxito tan rotundo.